

mente dicha de que proceden nuestras obras, vano será todo lo que edifiquemos para nuestra vida eterna. Pero esto no impide que debamos cumplir nuestro deber. Adán había sido ya colocado en el Paraíso, no para vivir en él á sus anchas, sino para cultivarlo. ⁽¹⁾ Esta misma ley se aplica también á nosotros. El que no se aprovecha por sí mismo de la gracia, el que no trabaja por sí mismo su propia persona, se parece al que duerme. Ciertamente, la vida está en él, pero difiere poco de un muerto; y, si permanece demasiado tiempo en este estado de sueño, no tarda en llegar la muerte.

La vida debe fomentarse con el alimento y fortalecerse con la actividad. El alimento del alma es la gracia, que debemos aumentar en nosotros. Ahora bien, precisamente la aumentamos con nuestra actividad. ⁽²⁾ Del mismo modo que el trabajo refrigera las fuerzas del cuerpo, al despertar en nosotros la necesidad y la capacidad de tomar alimento, así la gracia se renueva por todo esfuerzo con el cual hacemos fecundos los dones depositados en nosotros, ora fortificando la fe con la oración y la meditación, ora ejercitándonos en virtudes, cuyo poder para realizarlas debemos á la gracia. Pero, si omitimos esto, no sólo no avanzamos, sino que retrocedemos, y acabamos por morir. ⁽³⁾ Nadie es tan perfecto, que no tenga necesidad de esta exhortación: «Que el justo practique todavía la justicia, y el santo se santifique. He aquí que llegaré muy pronto, llevando conmigo mi retribución, para premiar á cada uno según sus obras.» ⁽⁴⁾

Pero, en una vida como la de que aquí se trata, divina en su origen, inmensa por su valor, eterna por su fin, no basta que se le presten únicamente los cuidados ordinarios que uno tiene con todo otro bien, cuya guarda le ha sido encomendada. Nada puede ser comparado al trabajo,

(1) Gen., II, 15.

(2) Concil. Trid., 6, cap. 10, c. 32. Thomas, 1, 2, q. 114, a. 8. Hieronym., *Advers. Jovin.*, 2, c. 18.

(3) Ezech., XXXIII, 12 y sig.—(4) Apoc., XXII, 11 y sig.

á la circunspección, que debemos emplear para conservar y aumentar la vida sobrenatural. Jamás debemos creer haberla garantido y perfeccionado suficientemente. Preciso es hacer de ella una vida sólida, una vida que pueda desafiar los peligros, para que Dios reconozca en ella su plantación. Con frío, en medio de la tempestad, bajo los ardores del sol, no debe sólo vegetar, sino crecer y dar excelentes frutos. Preciso es que sea una vida fresca, que se desarrolle alegremente y que produzca siempre nuevos vástagos. Una existencia enfermiza, incompleta, que hace que girmamos á cada sacrificio, bajo el peso de toda carga, y que reposemos inmediatamente después de haber atraído sobre nosotros desgracias inevitables, no puede, ni satisfacer á Dios, ni dar á nuestro corazón consuelo y calor.

Finalmente, preciso es que sea una vida que crezca siempre hacia arriba, no como esas débiles plantas parásitas que se inclinan tan fácilmente hacia la tierra en donde se debilitan y mueren. En una empresa tan múltiple, toda detención es nefasta, y toda interrupción peligrosa. Si uno tiene miedo de llegar á ser demasiado rico en obras de fe, de virtud y de piedad, de temer es que se convierta un día en muy pobre, si, con todo, no lo es ya.

7. Unión de la vida natural y de la vida sobrenatural.—Además de todo esto, debe ser al mismo tiempo esta vida una vida natural, si quiere demostrar que es una vida verdaderamente sobrenatural. Verdad es que viene del cielo y aspira al cielo; pero, aunque sobrenatural, debe, no obstante, obrar de un modo tan natural como el Hijo Único de Dios, que vivía en la tierra como cualquier hombre; como Él, cuya persona es la fuente de la vida sobrenatural, como Él, cuya vida es la regla de conducta que debemos seguir en esta misma vida. Y es aún la piedra de toque más segura, si no la única, por medio de la cual puede uno asegurarse de si la vida sobrenatural se manifiesta en alguna parte tal como debe ser en realidad.

Con esto, no queremos exagerar nada, sino ser modestos y justos. También el cristiano es hombre, y de aquí

que no podamos exigir que se desprenda inmediatamente de todo lo que es humano, ni imputarle como un crimen una debilidad que encontramos comprensible en los demás. Soberanamente injusto es condenar á un cristiano, porque no ha satisfecho igualmente, y de un modo irreprochable, á los dos aspectos de su inmensa empresa, á sus deberes de hombre y á sus deberes de cristiano. Nadie puede exigir de otro su repentina perfección; pero esto, no obstante la clemencia de que damos pruebas al juzgar á cada individuo, no nos impide proclamar enérgicamente para todos el principio de que la vida sobrenatural debe manifestarse por un aumento de perfección natural. Ambas están estrechamente ligadas, y de aquí la certeza de que la vida sobrenatural no es perfecta, mientras uno no encuentre la vida natural sin escorias, y que allí donde la vida sobrenatural se manifiesta con perfecta pureza, aparece también como transfigurada la vida natural.

Desgraciadamente, los mismos cristianos no siempre tienen una idea bien exacta de estos principios tan importantes. De otro modo, ¿cómo podría ocurrir que hubiese siempre entre ellos cierto número que creen haber demostrado sus sentimientos, cuando no estiman en su justo valor la naturaleza con sus obligaciones? Esto es un grave mal. Por otra parte, circula como moneda corriente en el mundo que un cristiano piadoso y fiel es menos útil para las cosas temporales que aquél que no se halla impedido por ningún lazo para hacerse útil de un modo general. Sin duda que se nos dirige millares de veces, sin motivo alguno, este odioso reproche, ora por prejuicio, ora por malvada intención; pero cuando un cristiano da pie una sola vez para semejante acusación, centenares de correligionarios suyos, á quienes nada se puede censurar, apenas si pueden borrar la impresión producida.

Que todos, pues, consideren como su deber más sagrado mostrar al mundo que es un error el pretender que la aspiración á la virtud y á la perfección sobrenatural conduce necesariamente á la grosería; que es inseparable de la

negligencia de las cosas externas y de la falta de educación; que hace á uno insoportable, imprudente, torpe é indiferente con relación á las obligaciones terrenas y á los bienes temporales. Al que esto crea, le responderemos que no conoce todavía la verdadera vida sobrenatural. Pero que todo aquél que dé pie á semejantes quejas, reflexione que una piedad ó una santidad que no satisfaga toda exigencia justa relativa á las conveniencias, á las relaciones, á la vocación, en la vida natural, despierta siempre serias dudas sobre si puede sostener la prueba como sobrenatural. La gracia no es enemiga de la naturaleza, sino su ornamento y su perfección. La empresa propiamente dicha de la vida cristiana, es decir, de la vida sobrenatural, consiste en unir sin violencia lo natural y lo sobrenatural; y el arte de conseguir esto, es su obra maestra.

No sólo la naturaleza y la gracia deben obrar de concierto, sin que haya intermediario entre ellas, sino que deben obrar unidas en armoniosa é indivisible unión. No es de mucho provecho el que uno cumpla puntualmente sus deberes de cristiano, y piense ya demasiado tarde que hubiera debido ser también un administrador fiel, un padre de familia, un servidor atento, en el cumplimiento de sus deberes. Pero que nadie arroje por esto la primera piedra al Cristianismo. Ciertamente, bueno es que la conciencia cristiana descubra al pecador, por lo menos después de la acción, el conocimiento de una falta, en la que quizás volvería á caer, si quisiese representar el papel de espíritu fuerte, de hombre no cristiano. Pero lo que no ofrece ninguna duda es que no será un cristiano perfecto, mientras no aprenda á ser un cristiano completo y un hombre completo, al mismo tiempo y en una sola persona. Si uno no encuentra en su fe y en su piedad, así el impulso como la fuerza para contener su lengua, domar sus pasiones, hacer sacrificios, ser más fiel á sus deberes, más amable, más condescendiente, menos presuntuoso, entonces mucho hay que temer que su vida sobrenatural no sea más ó menos una pura apariencia. ⁽¹⁾ No nos cansaremos de repetir que

(1) Jac., I, 26.

no condenamos á nadie á causa de las debilidades humanas. De nadie exigimos que sea superior á toda medianía, á todo temor y á toda miseria humana. No condenamos á aquél que se ve arrastrado por una precipitación importuna, á aquél que se ve atacado repetidamente por una pasión, demasiado tiempo descuidada anteriormente, aunque se imponga muchos esfuerzos para hacerla desaparecer. Tampoco exigimos que uno realice actos grandiosos y extraordinarios. Jamás hemos reclamado de nadie que pase todo el día orando en la Iglesia, ni que imite en toda su severidad las obras de los santos. Experimentamos una alegría sincera cuando vemos moverse una vida en el círculo de los ejercicios cotidianos de un cristiano y de las pequeñas virtudes ordinarias de todas las personas honradas. Y aun concedemos más importancia á éstas, que á acciones extraordinarias, suponiendo, con todo, que sean virtudes sólidas y verdaderas. ⁽¹⁾ Pero á riesgo de hacernos importunos, no cesaremos de repetir la exortación—una de las enseñanzas más importante de la vida cristiana—de que el cristiano debe aspirar muy seriamente, no sólo á observar con sinceridad los mandamientos de la Iglesia, sino á convertirse al mismo tiempo en el hombre mejor, en el más fiel y más seguro cumplidor de sus deberes. Nos faltan caracteres sencillos, piadosos, rectos, naturales, hombres que practiquen fielmente sus deberes de cristianos, cristianos que sean hombres sin tacha, enteros, responsables, fieles á sus deberes, observadores de las conveniencias, no sólo por respeto al mundo, sino por espíritu cristiano. De aquí que diga con razón un obispo de la Edad Media: «Posible es que se mire esto como profano; pero yo no puedo separar la religión, como alma, del conjunto de las formas externas de la vida y de las relaciones. Para mí, la observancia de las conveniencias es también un ejercicio de religión y de virtud.» ⁽²⁾

8. Medio para vivir una vida sobrenatural.—Cier-

(1) Cf. tom. II, conf. 23.

(2) Ioannes Saresber., *Polyerat.*, 8, 9.

to, no es esto una exigencia que pueda calificarse de exagerada ó imposible de cumplir. Sin embargo, cuando examinamos al hombre, parece que hay en él una dificultad tan insuperable, que uno puede decir atrevidamente que esta religión, que nos solicita y nos hace capaces de ejecutar esta empresa, da pruebas, sólo por esto, de ser la religión más perfecta. En efecto, entre todos los sistemas de religión, no hay ninguno, que, bajo este concepto, pueda luchar con el Catolicismo. Lejos de aspirar á la unión entre lo natural y lo sobrenatural, todas las demás religiones ni siquiera creen que sea posible unir las fuerzas aisladas del hombre ordinario para formar con ellas un conjunto semejante. Desde que la Reforma divorció el santo matrimonio de la naturaleza con la gracia, en todas partes ha perdido el hombre natural su justo equilibrio. Las diferentes actividades del hombre, que hasta entonces habían llevado, bajo la protección de la gracia, una vida homogénea, sobrenatural y natural, se dispersaron, y aun están en oposición las unas con las otras. Cada una de ellas, por poco exclusiva que puede ser en sí misma, reivindica el derecho de ser ella misma la vida verdaderamente humana y cristiana. Para el Pietismo, la religión sólo tiene valor, si se preocupa del corazón; poco le importa si el espíritu encuentra ó no en ella su alimento y el medio de desplegar su actividad. La vida natural está en él reemplazada por la languidez y los suspiros quejumbrosos, apenas interrumpidos por las escenas violentas y las erupciones volcánicas de pasiones ha largo tiempo cultivadas. Frente á él, el Racionalismo, ese niño mal educado de la ortodoxia protestante, ha envuelto la elevación religiosa en un Cristianismo árido. El desecamiento del corazón, la hiel de la razón razonante, las más audaces especulaciones para llegar directamente al lucro, son consideradas en él como la única religión digna del hombre. Una meditación suntuosa sobre la manera admirable como está construída la casa de un caracol, ó sobre el instinto emigrador de las aves, tiene más valor para él que centenas de con-

ventos, con las oraciones, las obras de penitencia, y los sacrificios de sus moradores para el bien común de los pobres y enfermos, de los esclavos cristianos y de los muertos que todavía no han acabado de expiar sus faltas. Aquí y allá, sólo encontramos medio hombres y una vida natural á trozos, pero apenas si es posible dar con un rayo de vida sobrenatural. Exigir una vida entera, poner al hombre en estado de desplegar toda su actividad y procurar producir en él, por encima de todo esto, la elevación sobrenatural, he aquí lo que ninguna de estas tendencias se ha atrevido á hacer. Todo esto lo abandonaban ellas sin envidia á la vieja Iglesia, y aun se mofaban de ella, sin ver que, al obrar así, se juzgaban á sí mismas y concedían el premio á su despreciada adversaria. Ésta, en efecto, no podría reivindicar más hermosa gloria que la que le ofrece el testimonio de sus acusadores, al proclamar que sólo ella, con sus prescripciones relativas á la vida, abarca el cielo y la tierra, la naturaleza y la gracia, y que sólo ella persigue el fin de crear, en una sola persona, hijos de Dios y hombres completos.

La objeción corriente contra la doctrina de lo sobrenatural demuestra cuán mal comprendido es este misterio fuera de la Iglesia. No vemos en el cristiano otra cosa que al hombre natural ordinario. Puede ser verdad que sirva á Dios, pero esto no modifica nuestra convicción de que su actividad es puramente humana. Practica sus deberes de cristiano con los mismos medios con que todos los hombres del mundo practican los suyos; sus pensamientos, sus palabras, son igualmente pensamientos y palabras humanas. ¿En qué consiste, pues, la vida sobrenatural? La respuesta no es difícil. Es absolutamente verdadero, y de ello nos vanagloriamos, que toda obra realizada por el cristiano, siquiera la haga con espíritu de fe y al impulso de la gracia, es obra de sus potencias humanas; desde el punto de vista externo, hay en ello una obra natural. Cuando consueta caritativamente al que sufre, la acción de juntar las manos, de doblar las rodillas, de ha-

blar, es una acción de hombre. Así, pues, la obra, como tal, es natural por su base fundamental.

Sin embargo, la misma acción es al propio tiempo sobrenatural. ¿Qué es lo que le mueve, pues, á hacer esta obra? Quizás no quiera pedir nada con su oración; no se propone con ella hacer una gran obra; no obedece á ningún impulso natural, ni persigue fin alguno de la misma especie; quiere únicamente servir á Dios y tributarle el honor que se le debe. Innumerables personas no se resolverían jamás á hacer esto, ya que verían en ello una humillación, una locura. Pero el cristiano ve en esto un honor y el cumplimiento del deber. Experimenta goces que él mismo no comprende; se siente involuntariamente impulsado por una fuerza bajo la cual casi se doblega, parecele que es irresistible, y, sin embargo, no puede negar que obra libre y jovialmente. ¿Cómo explicar esto? Es la fuerza de Aquél que vive y obra en él, de Aquél al que está ligado tan estrechamente como los miembros al cuerpo y el cuerpo al alma; ⁽¹⁾ en otros términos, es la gracia. De ella parte el impulso para realizar toda buena obra. Nosotros no hacemos más que seguirla con nuestra actividad humana; de aquí que todas nuestras acciones que realizamos en la gracia y con la gracia, sean acciones propias nuestras, y, no obstante, sobrenaturales.

Para que la obra sea completa, preciso es añadirle una segunda cosa; preciso es que la realicemos, no con intención puramente natural, ⁽²⁾ sino con intención sobrenatural. Ahora bien, entre todas las doctrinas del Cristianismo, precisamente ésta es la que parece más extraña al mundo. ¿Quién ignora las odiosas acusaciones que amontona sobre nosotros? Pero precisamente por esta razón decimos todavía más expresamente: la intención es la que hace la obra y le da su valor y su importancia, como el alma da la vida al cuerpo. ⁽³⁾ ¿Es que en realidad es esto tan di-

(1) Cf. más arriba, X, 4; XVIII, 7.

(2) Cf. más arriba, VIII, 8.

(3) Cf. Augustin., *Conf.*, 13, 26, 41. Gregor. Mag., *Moral.*, 28, 30. Thomas,

fcil de comprender? Tomemos tres hombres que dan limosna á un pobre niño; uno la hace, porque la vista de la miseria le produce una impresión desagradable, el segundo, por compasión natural, y el tercero, porque ve en el pequeño niño abandonado al divino Infante de Belén, ó porque quiere imponerse una obra de satisfacción por sus pecados. Tres veces se ha repetido la acción, y, sin embargo, jamás ha sido la misma, porque la intención era distinta cada vez. Sin duda alguna, el primero no ha hecho una obra que pueda llamarse buena, el segundo ha realizado una acción que es buena por su naturaleza; el tercero, ha practicado igualmente la compasión natural; seguramente, no ha sido menos compasivo que el segundo; por consiguiente, su acción, desde el punto de vista natural, era tan buena como la de éste, pero hay en ella una intención más elevada, y, por el hecho mismo, su obra, aunque sea verdaderamente natural, se ha convertido en sobrenatural por su naturaleza. Nadie puede suponer que se haya perjudicado en lo más mínimo á la bondad natural de la obra con la intención sobrenatural. Continúa siendo lo que era; evidentemente ha sido purificada y perfeccionada por la intención cristiana. Pero en tanto que lo que es natural y verdaderamente humano continúa existiendo, se le añade una bondad nueva, la bondad sobrenatural cristiana. Así es como el que vive en la gracia y obra con ella, practica en una sola y misma acción, cuando la realiza con intención sobrenatural, una buena obra virtuosa, una obra perfectamente humana, y, al mismo tiempo, divina; permanece, en verdad, hombre, ó mejor, se convierte en tal sólo con aspirar á ser cristiano sincero.

Así, pues, la vida sobrenatural, no deja de ser una vida humana completa, por más que sea de Dios mismo y muy superior á la vida natural. Dios quiere elevarnos hacia Él, grado á grado, no con repentinos milagros, que

1, 2, q. 19, a. 7, 8. Rainer a Pisis, *Pantheologia*, v. intentio. c. 2 (Nicolai, 1655, II, 618 y sig.). Rodríguez, *Práctica de la perfección cristiana*, I, 3. Faber, *Todo por Jesús*, 198 y sig., 202 y sig.

nos ahorren todo esfuerzo, no por Él mismo, sino por nuestra propia cooperación; por consiguiente, por vías puramente humanas, no obstante todo auxilio sobrenatural. Dios y hombre, gracia y libertad, deben obrar siempre de consuno. ⁽¹⁾ Dios comienza, el hombre responde, lo sobrenatural marcha delante y lo natural le sigue. La gracia es la que se encarga de la intimación, de la reconciliación de la fe. El consentimiento depende de la libertad. Al primer obsequio proveniente de Dios, debe responder otro por parte del hombre, obsequio humano, que es seguido inmediatamente de un segundo paso de la gracia, el cual reclama al punto otro segundo paso por parte nuestra, y así del tercero, del cuarto, etc., hasta el último.

Preciso es, pues, que toda la vida sobrenatural esté exenta de turbaciones y alcance su objeto; que sea una alternativa continua, ó, por mejor decir, una compenetración continua de la gracia y de la naturaleza. Una gracia nueva responde á toda cooperación de la libertad á la primera gracia, y una nueva iluminación, á toda subordinación á la inspiración primera. Si el hombre rehusa responder á los impulsos de la gracia, si se niega á obedecer á la exhortación que siente en su interior, rompe la cadena, y si la gracia se retira, ó si, por lo menos, se produce un enfriamiento y una debilitación, á él hay que atribuirlo.

Haz, pues, hoy aquello á que te impulse hoy el espíritu, y está convencido de que mañana llamará con mayor insistencia todavía á la puerta de tu corazón, y de que te conducirá más lejos aún; y si al día siguiente continúas en esta misma fidelidad, puedes estar cierto de un auxilio mayor y de una perfección llena de felicidad.

¡Feliz el hombre que espera de Dios el auxilio que necesita, y que, en este valle de lágrimas, medita en su corazón los medios de elevarse, porque el divino Legislador, que ha dado la ley que á Él conduce, dará también su bendición á todos los que desean seguirla; y así, ellos avan-

(1) Cf. *supra* V, 7; XVII, 7; XIX, 7.